

El libro que acaba de ofrecernos la Editorial Taurus no es reciente: su aparición en Francia data de 1962. Pero no es de esos títulos que el tiempo se lleva consigo, sino, al revés, de los que el paso de los años afianza en su valor (1). Uno de esos libros, en suma, que no decepcionan al lector "que no falla nunca", ese lector —precisa el director literario de Taurus en el boletín editorial que anuncia los primeros títulos de la colección en que éste se incluye— para el que los libros no son un objeto más de consumo, una ocurrencia sugerida por las efímeras ondulaciones de la moda. Como que se trata de una lectura capital para quien aspire a internarse por las confusas e incitantes veredas del denso bosque de las ideas religiosas que inauguraron nuestro siglo.

La llamada crisis modernista vino a ser en realidad la concreción intelectual y polémica de un viejísimo anhelo de la conciencia católica, cada día más a disgusto en medio de las angustias mentales a que había que-

para hacernos una idea de lo que el modernismo fue y representó también fuera de las fronteras del catolicismo vecino.

En efecto, Poulat ha seguido una técnica de intensificación de luces sobre un área relativamente circunscrita —los cinco años que van desde noviembre de 1902 (aparición del libro clave de Loisy, *El Evangelio y la Iglesia*), hasta septiembre de 1907 (publicación de la encíclica *Pascendi*)—, lo que le ha permitido establecer un verdadero "coloquio imaginario" entre las personalidades más directamente implicadas en la contienda: la confrontación inicial entre Loisy y el historiador protestante Harnack, que desencadenó la "crisis" y provocó las primeras reacciones defensivas; la convergencia en el centro de la controversia de una derecha y una izquierda teológicas irreconciliables y el intento frustrado de entendimiento entre Loisy y Blondel y restantes interlocutores subsidiarios. Al lector atento de le traspasa desde el comienzo del libro la vibración apasionada de unas voces en las que latía el intento unánime, y a



"El cura de Monleón", de Pío Baroja, habrá de entenderse como un reflejo de una no insignificante minoría silenciosa que el tiempo y la represión ambiental y jerárquica redujeron a la nada.

LA CRISIS MODERNISTA

dado sometida desde los tiempos de la Contrarreforma tridentina. Tras el antiliberalismo total de Pío IX había sobrevenido el nuevo espíritu de León XIII, pero su anchura indudable no dejaba de resultar insuficiente: el neotomismo de la época sólo con dificultad había tolerado a Newman y los problemas que habían alejado a Renan de la Iglesia seguían pendientes. Como que no iban a faltar quienes vieran en Alfredo Loisy "un Renan con sotana". Las densas páginas que vamos a comentar nos hablan no sólo de lo agudo de aquella crisis, sino de la prontitud verdaderamente explosiva con que sus ondas se transmitieron a todas partes y contagiaron a tantos y tantos espíritus a la espera del advenimiento de una respuesta para su desasosiego intelectual. Y eso que, como tendremos ocasión de hacer observar, el libro de Emile Poulat no es más que el capítulo francés de la crisis; pero la penetrante manera como está concebido nos sirve

la vez encontrado, por conseguir, una vez más en la historia de la Iglesia, una renovación del camino entre la mente y los dogmas, como escribiera Ortega a propósito de algunos de los descendientes espirituales de los primeros modernistas.

Tanto el protestante Harnack como el católico Loisy parecían hallarse de acuerdo en una cosa: en la necesidad de hacer inteligible el cristianismo en

así parecía deducirse de frases como aquella tan célebre: "Jesús anunciaba el reino, y es la Iglesia la que ha venido".

Pero no era ésta la única incertidumbre. A la que mediaba entre Jesús y la Iglesia venían a añadirse otras varias: era incierta la relación entre la dimensión comprobable de los hechos básicos del cristianismo y su dimensión no comprobable —por ejemplo, en la resurrec-

hecho cristiano que los modernistas daban la impresión de pretender desplazar hasta convertirlo en una necesidad interior, *inmanente* fue la palabra clave, de la conciencia religiosa. Efectivamente, medio siglo de perspectiva histórica nos lleva al convencimiento de que la crisis modernista fue el choque de dos excesos, cada uno de los cuales provocó fatalmente el otro. Hasta el punto de que podríamos caer en la ingenuidad de pensar que fue una lástima que el modernismo se suscitara en aquella coyuntura tan desfavorable, olvidándonos así de que era forzoso que así fuera, y que el modernismo tuvo precisamente que surgir cuando surgió, como si el absolutismo ideológico de quien iba a ser su condenador, el Papa Pío X, lo tuviera ya previsto. Porque absolutismo parece que hay que denominar a la actitud que sólo admite una única expresión de la ortodoxia, una única formulación de la fidelidad.

Como tantas veces en la historia de las polémicas doctrinales, se nos ocurre que cada una de las partes tiene la razón, no frente al adversario, sino frente a la imagen que se ha tra-

Francisco Pérez

relación con los hallazgos de la crítica histórica. Pero mientras que Harnack oponía en el catolicismo esencia e historia —ya que se podía comprobar una cisura entre aquella y el desenvolvimiento de ésta—, Loisy insistía en tratar de demostrar que la esencia sólo se realizaba en la historia. En un principio, ésta era una tesis manifiestamente católica y antiprotestante, pero al desarrollarla Loisy se disponía a su vez con el catolicismo tradicional, ya que desplazaba la cisura al interior de la propia historia y en nombre de sus datos abría un paréntesis de incertidumbre entre la figura de Jesús y la Iglesia. Al menos

ción—, era incierta la que las fórmulas dogmáticas enuncian con respecto a la verdad de sus contenidos, y lo era sobre todo la que se había dado entre la conciencia humana de Cristo y su conciencia de Hijo de Dios: demasiadas incertidumbres en torno a lo que la Iglesia había mantenido siempre como la certeza de la fe. Nada tiene, pues, de extraño que el exceso de seguridad de que siempre había padecido la Iglesia católica se levantara violentamente exasperado contra aquel otro exceso de incertidumbre que invocaba constantemente los rigores de la ciencia histórica y parecía atentar contra las mismas bases del

(1) Emile Poulat, *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*. Colección de Ensayistas de la Editorial Taurus, serie mayor. Madrid, 1974. 608 páginas.

zado de él. Es indudable que el modernismo la tenía frente al exceso de intelectualismo escolástico que subrayaba la certidumbre del acto de fe y parecía olvidar su no-racionalidad; pero, ¿cómo ignorar que junto a la fe-conocimiento la tradición católica había siempre afirmado la necesidad de la fe-vida? Los representantes del pensamiento tradicional difícilmente iban a aceptar reconocerse en aquella caracterización que los convertía en supeditados de las exigencias científicas a un dogmatismo apriorístico, pero ellos a su vez cometían injusticia al acusar a los modernistas de subordinar por sistema la teología a los datos de la crítica, el dogma a la historia. La verdad estaba en otra parte, al menos si suponemos, cosa que parece obligatoria, que unos y otros coincidían en tratar de establecer la coherencia imprescindible entre la fe y el pensamiento, ambos supeditados al honor de la mente, que es la lealtad consigo misma. A la Iglesia católica le ha perjudicado gravemente en no pocos momentos de su historia la inveterada idea de que la búsqueda de ideas nuevas obedece a la extraña y anómala pretensión de arrumbar gratuitamente las antiguas, como si los hom-

bres pensáramos por capricho, y no empujados por la tremenda necesidad de intentar una explicación menos insatisfactoria de la realidad y de aquella en concreto que se nos ofrece como sobrenatural. Parece que la fe haya de dirigirse a Dios y no a las ideas sobre Dios.

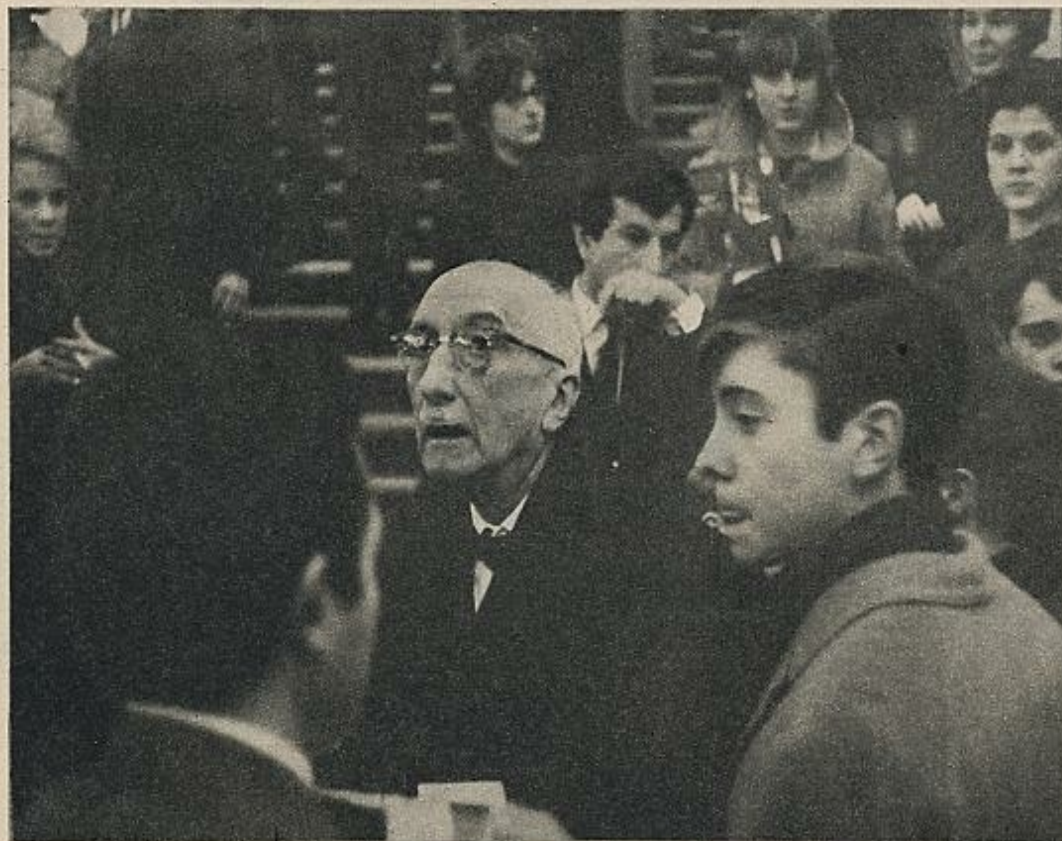
Pero la crisis modernista no transcurrió tan sólo entre los pequeños libros de Loisy y la avalancha de artículos de las revistas. Poulat ha tenido buen cuidado de seguir pistas menos transitadas y hurgar en las correspondencias y los diarios. El modernismo, lejos de circunscribirse a un episodio intelectual ventilado entre teólogos y sentenciado por las altas instancias romanas, se deslizó hacia muchas intimidades y se convirtió en la sustancia de no pocos sueños hacia un futuro distinto en las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno. Poulat nos transcribe el diario personal de un joven seminarista de Poitiers: "Mi vida intelectual se encuentra llena de dudas en estas circunstancias: mi espíritu busca... No he encontrado nunca hasta los veintidós años un auténtico iniciador a las ideas; he tenido que descubrir lentamente y laboriosamente por mí mismo la existencia de los problemas...": aquellos problemas cuya solu-

ción prometían al otro lado del muro que rodeaba el seminario de San Sulpicio, en París, en la librería de Picard los pequeños libros rojos de Loisy.

Sólo que iba a ser espantosa la decepción que aguardaba a los seguidores de Loisy. Todavía hoy el lector desprevenido experimenta una viva emoción y se siente perplejo al descubrir que Loisy no tenía fe, carecía de ella desde muchos años antes de la publicación de sus escritos modernistas; en definitiva, no había sido sincero. ¿Invalida este hecho el alcance de su pensamiento? Hay que sostener con toda energía que no, si se piensa en la indudable sinceridad de quienes hallaron en las obras de Loisy los cauces liberadores de su ansiedad intelectual; pero también se vuelve preciso reconocer las razones que avalan su descrédito y nos han transmitido un nombre y una fama irremediabilmente vulnerados. Se diría que iba a ser el destino de la Historia como un episodio de inagotables tristezas, y el ánimo se nos sobrecoge al leer las confesiones dolorosas de tantos espíritus sensibles, inteligentes y poseídos por la más honda lealtad a sus creencias. Dado el estricto ámbito temporal que Poulat se ha propuesto, no sería congruente reprocharle la

ausencia de aspectos que evidentemente están fuera de su investigación porque él así lo ha querido. Pero cabe advertir, para uso de lectores interesados de veras por el tema, que las referencias no infrecuentes que hace Poulat a la Correspondencia entre Blondel y Valensin distan de hacer caer en la cuenta del caudal inmenso de datos, reflexiones e intimidades que contiene, y que convierte esta ejemplar colección documental (tres volúmenes, publicados por la Editorial Aubier, París, 1957-1961) en una lectura apasionante e insustituible. Mauricio Blondel, como es sabido, iba a ser uno de los pocos miembros de aquella "cofradía de los sospechosos" que lograra traspasar relativamente incólume la barrera de las condenaciones romanas contra el modernismo y llegase hasta nosotros con el prestigio de haber contribuido a que el catolicismo asimilase algunas de las perspectivas que las nuevas formas del pensar traían consigo.

No hay que olvidar, en efecto, que un implacable proceso de "digestión" estaba ya en marcha, y que el vasto organismo católico habría de vigorizarse precisamente mientras parecía estar expeliendo de su seno aquellos jugos considerados tan nocivos, pero cuya penetración en su sangre era inevitable: "Hace ya mucho tiempo —escribía un testigo perspicaz— que algunas de las verdades que hicieron alejarse a Renan están admitidas en la enseñanza bíblica, incluso en los seminarios... Las ideas del abate Loisy correrán la misma suerte. Es el promotor de verdades audaces, y sería extraño que los ignorantes y los viejos no las contradijeran". Es posible que frases semejantes denoten, como ha dicho un teólogo contemporáneo, un aplomo casi ingenuo y una falta de conciencia de las dificultades de la tarea. Pero el pensamiento de ese mismo teólogo, que no es otro que Karl Rahner, ilustra hasta qué punto ha sido un hecho la asimilación por la reflexión católica de aquel modernismo, otrora rechazado sin compasión. Y si se quiere un ejemplo más cercano, ahí están las páginas recientes de Enrique Miret, **Catolicismo para mañana**, en las que se reconoce expresamente la deuda espiritual con Blondel o Le Roy. Vienen a hallar así su justificación palabras como aquellas de otro testigo de lo más encarnado de la refriega modernista en los primeros años del siglo: "A veces me encuentro en mi



El modernismo se convirtió en la sustancia de no pocos sueños hacia un futuro distinto en las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno. En la foto, François Mauriac.



LA OPINION DE UN JOVEN EMPRESARIO DE CINCUENTA Y OCHO AÑOS

Casi cincuenta y nueve, sí señor, y más de cuarenta dedicado a la empresa. Pero con el espíritu tan lozano como el de mis nietos.

«¡Ah, quién pudiera tener la vitalidad de la juventud y la experiencia de la madurez!»

Este deseo, tantas veces formulado, es perfectamente posible para el empresario que sepa adaptarse al ritmo del progreso y a las necesidades de cada momento. Y, naturalmente, yo me tengo por uno de ellos.

En épocas difíciles, y en otras que no lo han sido tanto, auténticos imperios empresariales se derrumbaron como castillo de naipes por creer sus dirigentes que la aplicación de nuevos métodos y avanzados sistemas de gestión no eran más que «snobismo» de unos pocos.

Hace ya mucho tiempo que las empresas que han decidido subsistir y progresar saben que tienen que apoyarse en la información. Información actualizada, amplia, exacta. La que facilitan modernas máquinas.

Máquinas que inyectan dosis de juventud a las empresas.

Equipos que solucionan ágilmente las más complicadas gestiones. Y a su lado, hombres capacitados que asesoran al personal y le asisten en cualquier momento.

Máquinas y hombres de GISPERT. De la «empresa que trabaja para las empresas».

Desde hace años, GISPERT es un buen amigo. Una organización a la que confío y seguiré confiando la solución de todos mis problemas de mecanización.

Porque igual que yo, GISPERT también es joven. Una joven empresa... con medio siglo de experiencia.

Mi generación es la de Peter Drucker, Gelinier... y GISPERT.

Una generación en la que las empresas empezaron a descubrir y aplicar fórmulas de eterna juventud.

Ahora tengo que marcharme, pero si le interesa el dinamismo y la expansión de su empresa, acepte mi consejo:

**VOTE
por
GISPERT**

 **GISPERT, s.a.**
Automación de la gestión empresarial
Sistemas-Equipos-Servicio

LA CRISIS MODERNISTA

camino con un joven partidario de Loisy que me deja encantado por la manera como deduce de las doctrinas modernistas un catolicismo muy sincero, profundo e inteligente".

Pero quizá el nombre que para el católico advertido, aunque no profesional de los quehaceres intelectuales, representa mejor la conversión del modernismo por la ortodoxia es el de Teilhard de Chardin. Sin entrar aquí en mayores precisiones, es indudable que a Teilhard nos conduce una de las figuras primordiales que aparecen en el libro de Poulat: la de Blondel, y que bastantes de los escritos contenidos en el volumen **Como yo creo** hubieran chocado irremisiblemente con la autoridad eclesiástica en el caso de haberse publicado cuando se escribieron. Hoy, sólo un escolasticismo terco y suspicaz se sigue negando a darse por enterado de lo que ha supuesto para la conciencia católica la inserción en ella del evolucionismo por obra de Teilhard.

Como advertíamos más arriba, el libro de Poulat es el capítulo francés del modernismo, y nadie puede poner en duda la justicia con que se nos presenta a unas determinadas mentes francesas como protagonistas de la aventura, puesto que lo fueron. Pero la crisis modernista no se agotó dentro de las fronteras del catolicismo francés, y ello no sólo porque intervinieron en los momentos culminantes personalidades que no eran francesas: Tyrrell, Von Hügel o Fogazzaro, para no nombrar más que a tres, tan relevantes cuanto dispares, sino porque la difusión de las ideas modernistas fue vastísima, y de hecho se la puede detectar por doquier. Por ejemplo, en España, aunque, por desgracia, el correspondiente capítulo español se halle aún, cómo no, sin escribir. Así, resulta interesante saber que en 1904, en plena "crisis", Luis de Zulueta escribía desde Berlín a Unamuno a propósito de sus recientes contactos en Bruselas con Hébert, amigo y confidente de Loisy. Por lo demás, toda la correspondencia entre Zulueta y Unamuno "respira" modernismo, el modernismo que desembocaría en **La oración del incrédulo**, de aquél, y en **Del sentimiento trágico**, de éste. Al ir a publicarse la edición francesa del ensayo de Unamuno, Claudel rechazaría, en una carta a Gide, la invitación de éste a prologarla, por considerar al escritor español protestante, "o, peor aún: modernista".

En 1906 escribe Ortega su ensayo sobre **El Santo** de Fogazzaro, la obra simbólica del modernismo italiano. El artícu-

lo muestra un conocimiento muy preciso de los hombres y las ideas del modernismo, así como una suerte de nostalgia, se diría que no del todo honda ni del todo seria, de un catolicismo diferente: "... esta fórmula del futuro catolicismo, predicada en **El Santo**, nos hace pensar a los que vivimos apartados de toda Iglesia: ¿si fuera tal el catolicismo, no podríamos nosotros ser también algún día católicos?..."

Lo que en Ortega nos suena con un cierto dejo de frivolidad, había sido unos años antes profunda ansiedad religiosa en el joven Zulueta, y unos cuantos más tarde volvería a representar inquietud y búsqueda verdaderas en la asiduidad con que otro muchacho español asistiría en el Colegio de Francia a las conferencias de Loisy: así dejó constancia de ello Manuel Azaña en las anotaciones diarias de su primer año parisino.

Otro dato sugestivo: También el joven Juan Ramón Jiménez había sido lector de Loisy, como nos cuenta en sus tan arbitrarias lecciones de la Universidad de Puerto Rico recogidas en el volumen **Modernismo**: el literario, por supuesto, que él se esfuerza por relacionar, es dudoso hasta qué punto de razón, con el teológico. Pero de lo que no cabe duda es de la presencia de un hilo secreto que iba a prolongarse desde el lejano encuentro juvenil hasta los poemas de **Dios deseante y deseado**.

Y para terminar estas notas fragmentarias en busca de un denominador común espiritual: En 1936 publica Pío Baroja **El cura de Monleón**. El protagonista de la novela abreva su juventud perdida en Loisy y Tyrrell, y acusa al partido español de Roma, autoritario, a los Merry del Val y Vives y Tutó, de haber influido poderosamente para impedir que la Iglesia se rejuveneciera en parte. Pío X, que tenía un espíritu de cura de pueblo, se había aferrado a la tendencia inmovilizadora e hierática. Si se tiene en cuenta que verosimilmente Baroja escribió su novela con los datos que le proporcionaron algunos de sus amigos eclesiásticos, **El cura de Monleón** habrá de entenderse como un reflejo de una no insignificante minoría silenciosa que el tiempo y la represión ambiental y jerárquica redujeron a la nada.

La lealtad hacia el lector de la espléndida obra que ha motivado estas líneas nos mueve a advertir que su traducción, fiel y rigurosa, se halla empañada por algunos giros y modismos incorrectos, así como por vocablos más que discutibles. ■ F. P.

TRES IMPORTANTES NOVEDADES



Colección: *El credo que ha dado sentido a mi vida.*

N.º 7. FE EN LA TIERRA

Por ALFONSO C. COMIN

298 páginas.

240 ptas.

En este libro se describe el proceso que le ha tocado vivir a nuestro pueblo, proceso que ilumina y clarifica el nuevo sentido de la fe contemporánea, de la fe deliberadora, de este peregrinaje que es vivir la fe en la tierra.

Las reflexiones en torno al credo que ha dado sentido a su vida y de que la fe tan sólo se vive en la tierra, llevan al autor a articular el avance histórico de su creencia con el proceso de la lucha de clases.

Colección: *Pensamiento Cristiano y Diálogo.*

LOS JOVENES DE HOY: SUS PROTESTAS Y ASPIRACIONES

Por LUIS OBREGON BARREDA

236 páginas.

195 ptas.

Un libro que se presta a la polémica. Enjuicia el modo de pensar de nuestra juventud de dieciséis a treinta años.

Supone un acercamiento a la comprensión y una crítica a las injusticias de la sociedad actual.

CRISIS Y CRITICA EN EL CRISTIANISMO

Por GÜNTER SCHIWY, ERHARD KUNZ, HELMUT ENGEL, HEINRICH ROOS Y OTROS...

150 páginas.

140 ptas.

En este libro se buscan NUEVAS soluciones y se abren NUEVAS vías, que nos ayudan a comprender cómo es absolutamente necesaria la crítica si queremos hacer frente a la crisis actual.

PEDIDOS A DESCLEE DE BROUWER

HENAO, 6

BILBAO-9